

## PERDURAR EN LA DERROTA: LOS ESCRITORES REPUBLICANOS HACIA 1950

DOMINGO RÓDENAS DE MOYA

ILDEFONSO-MANUEL GIL DEJÓ ESCRITO QUE «La sexta década del siglo [es decir los años cincuenta], salvando la angustia del desempleo, tan fácilmente superada, fue en lo literario una de las mejores para mí» y recordaba que ya en 1950 un jurado presidido por Pío Baroja le concedió el Premio Internacional de Primera Novela por *La moneda en el suelo*. En efecto, la década central del siglo fue fecunda para él, lo que no significa que tal fecundidad estuviera allanada o auspiciada por unas circunstancias favorables para la expresión de su libertad creativa o la difusión de sus escritos. Las circunstancias fueron adversas sin paliativos. Lo fueron para él y para los escritores que habían perdido la guerra o a los que se asociaba con los vencidos, muchos represaliados, vetados sus nombres en la prensa o depurados de sus antiguos puestos de trabajo, como le ocurrió a él mismo. Pudo ser una buena década vista desde una distancia temporal que lima las aristas de las dificultades y da relieve a lo esencial, a fin de cuentas la escritura y publicación de la propia obra, aunque la escritura tuviera que hacerse bajo un estricto control de lo que podía ser dicho y la divulgación se realizara en condiciones más bien precarias. De los tres libros poéticos de la década, *Huella del linaje* (1950), *El tiempo recobrado* (1950) y el poema *El incurable* (1957), el primero hubo de aparecer en Portugal (Oporto, en la Colección Cadernos das Nove Musas), el segundo se lo publicó José Luis Cano en las ediciones de Ínsula, quien también acogió el tercero en la colección Adonais, para entonces, 1957, editada por una empresa vinculada al Opus Dei, Ediciones Rialp. Otros volúmenes de aquellos años vieron la luz en el ámbito aragonés, fuera el *Cancionerillo del recuerdo y la tierra*, con poemas sobre Zaragoza, Daroca y Calatayud, que publicó la Institución Fernando el Católico en su Archivo de Filología Aragonesa, fuera su segunda novela, *Juan Pedro el dallador*, publicada en 1953 por Ediciones Heraldo de Aragón en la misma colección, «Estudios literarios», donde habían dado José Manuel Blecua y Ricardo Gullón su estudio sobre *La poesía de Jorge Guillén* (1949).

Quiero decir con estos datos que, para un escritor vencido, la publicación de su obra se encontraba, en los años cincuenta, con más trabas que facilidades y dependía, en buena medida, del buen funcionamiento de una amistosa red de contactos intelectuales de signo casi siempre liberal. El hecho de que Ildefonso-Manuel pudiera ver impresa su obra gracias a José Luis Cano o Juan Guerrero (al que debió la publicación de sus *Poemas de dolor antiguo* en 1945) o a los amigos de Zaragoza no puede enmascarar la fragilidad de su situación como escritor. Su poemario posterior, *El corazón en los labios* (1947), se publicó en la colección Halcón de Valladolid, que dirigía el poeta canario Fernando González, anexa a la revista del mismo nombre en la que también había colaborado Ildefonso. Su tirada era de 400 ejemplares más algunos destinados a coleccionistas y suscriptores. Nada alimentaba el optimismo y las iniciativas como la del editor José Janés –otro vencido de la guerra– en 1947 de crear un Premio Internacional de Primera Novela duraban poco o tenían una muy modesta repercusión: ¿quién se acuerda del ingeniero uruguayo Rodolfo Fonseca, el primer ganador de ese premio (con *Turris Ebúrnea*) o del último, el humorista Fernando Perdiguero Pérez (con *Cuando no hay guerra da gusto?*) Janés puso fin al Premio en 1953, un año después de la creación del Premio Planeta y dos después de topar con la censura a causa de la novela *Los contactos furtivos* de Antonio Rabinad, que no podría ser publicada, y con mutilaciones, hasta 1956. Pero aquello era el pan ácimo de cada día.

En 1981 contaba Ildefonso-Manuel Gil a Rosario Hiriart que «no podía respirar de tanto asco y tantas frustraciones y [que] había cumplido los cincuenta años y todo estaba tan enmarañado». Confesaba haber intentado exiliarse en plena guerra, tras librarse de la que creyó una muerte inminente durante los meses de reclusión en el Seminario de Teruel, para volver a intentarlo sin éxito en 1948, convirtiéndose de ese modo en un exiliado interior. Así se lo había dicho en 1977 al poeta Ángel Guinda: «De 1939 a 1950 y tantos [...] yo era lo que se llama un exiliado interior». Quizá no fue su situación tan angustiosa como la de otros escritores que habían sufrido prisión durante la guerra e incluso una condena a muerte luego conmutada. Fue el caso de Antonio Espina, que en octubre de 1946 le escribía a Juan Ramón Jiménez algo que se parece mucho a lo que Ildefonso le contó a Rosario Hiriart: «Desde que salí de la cárcel no tuve otra idea que la de evadirme de la nueva cárcel de libertad fingida que es la España actual. Lo intenté sin conseguirlo varias veces». Y cuando, finalmente, Espina consiguió llegar a París y escribió a los antiguos amigos para pedirles ayuda no pudo dejar de expresarles su envidia por ser exiliados que habían podido continuar con su actividad intelectual sin coacciones ni miedo: «Desde aquí veo bien

que la emigración desde el punto de vista intelectual, ha sido un éxito. Sois los nuevos conquistadores de América, esta vez con la pluma, el microscopio y la regla de cálculo, no con el estoque y la cruz contundente». Esto se lo decía a Guillermo de Torre, que está en Buenos Aires desde 1937, encargándose de la editorial Losada, y en trato continuo con Juan Ramón, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Max Aub, Corpus Barga, Arturo Barea o... José Manuel Blecua.

Precisamente en una carta que Blecua dirige a Torre el 16 de abril de 1949 encontramos una preciosa apostilla añadida por Ildefonso-Manuel Gil. Blecua le dice a Torre: «Daré a M.[anolo] Gil su encargo. Él vive en Castelví, 5, 1º. Le veo todos los días. Somos íntimos. Si viene por aquí dentro de un rato, haré que le ponga unas líneas». Y Manolo Gil llegó y le puso esas líneas, muy consciente del papel que Torre desempeñaba en el mundo editorial de los exiliados republicanos y de la alta consideración en que Blecua tenía su labor crítica:

Celebro mucho llegar a tiempo de ponerle estas líneas. Ya le envié mis *Ensayos portugueses*. Respecto a mis poesías, le ruego vuelva a leer en *Poemas de Dolor Antiguo* los poemas a partir de «Liberación de la Angustia», especialmente «La soledad poblada» y «La muerte que se espera»; en *El corazón en los labios*, el poema último «Silbo en silvas del terror». En ellos encontrará fuertes elementos autobiográficos.

Llama la atención en esa nota el encarecimiento con que pide a Torre que *relea* tres poemas porque en ellos ha encerrado «fuertes elementos autobiográficos», como si deseara enviar a Torre una declaración de pertenencia a la parte de los perdedores, de los perdedores residentes. Los poemas están inspirados en la experiencia traumática de su prisión de siete meses al comienzo de la guerra, las «sacas» de presos a los que se fusilaba en las afueras de Teruel y el terror ante la amenaza de su propia ejecución. Esa experiencia iba a novelarla en *Concierto al atardecer* (1992), «un relato ficticio de los hechos reales y enteramente verdaderos», pero las alusiones a aquel ominoso episodio son bien claras en los poemas que ruega a Torre que vuelva a leer, así como su propósito de servir de voz a aquellos que fueron privados de ella y de la vida misma: «En la cerrada noche del insomnio, / todo cuanto ellos al morir callaron / me lo dicen a mí. Yo he de decirlo, / con sus mismas palabras, a vosotros, / para hacer imposible que el silencio / me los vuelva a matar en la memoria» («La soledad poblada»).

Sin embargo, eso de hablar «con sus mismas palabras» por los que habían sido privados de la voz (y de la vida) no iba a ser tarea fácil. Por lo menos para los vencidos del interior, obligados a enmascarar su identidad bajo seudónimos o a autocensurarse para evitar encontronazos con la censura oficial. El citado

Antonio Espina adoptó el seudónimo de *Simón de Atocha*; su amigo Fernando Vela, antiguo secretario de *Revista de Occidente*, firmó algunas biografías como *Héctor del Valle*; el poeta Leopoldo Urrutia echó mano de su segundo apellido para protegerse como Leopoldo de Luis; el represaliado Miguel Alonso Calvo firmó su obra como Ramón de Garciasol; el poeta Pascual Pla y Beltrán, después de varios años de cárcel, recurrió al sobrenombre de *Pablo Herrera*, y así podríamos continuar.

Los escritores de la promoción de Ildefonso-Manuel Gil (la llamada «generación del 36») fueron, como una vez dijo su amigo Ricardo Gullón, una generación perdida que después de pelear en el frente había tenido que volver a luchar, «acá y allá por salvarse» y por salvarse individualmente. Con pesimismo retroactivo apuntaba Gullón en 1965, desde las páginas de *Ínsula*, que aquel grupo de hombres estuvo bajo el peso de una conciencia de inferioridad, lo que los unió en «esa extraña solidaridad que pudiéramos llamar la solidaridad del fracaso». La idea arraigaba muy hondamente en el escritor, porque ya en 1954, el 22 de junio, tras una estancia en la Universidad de Puerto Rico que le había ensanchado el ángulo de visión, escribía a Guillermo de Torre:

Es curioso que a muchos sorprenda el sentimiento de frustración propio de nuestra generación y de nosotros mismos, pues yo no acabo de comprender ni de entender a quienes están operando en la vida en nuestra edad y circunstancias y se sienten capaces de vivirla con una impavidez que cuando menos es testimonio de inconsciencia. No quiero de ninguna manera dar a entender con esto que todos los hombres de mi generación tengan las razones que yo para considerarse frustrados, pero sí que todos estamos muy cerca de algo que puede llamarse desesperación, puede llamarse angustia o puede llamarse simple indiferencia y que cualquiera que sea su nombre ha de constituir motivo de graves y constantes preocupaciones.

Recordando el tiempo de esa carta y la década de los cuarenta, Gullón insistió en 1965 en que había sido una época de lucha cotidiana por mantenerse a flote, por salir adelante «acá y allá», dentro y fuera. Aquella generación había sido demediada por la guerra y una de sus mitades se había desperdigado fuera de España. Esto, que puede parecer obvio hoy, no lo había sido en los dos primeros decenios de la dictadura.

Los escritores vencidos habían sido ninguneados en los balances y recuentos de la literatura de posguerra, como si la generación del 36 hubiera estado compuesta únicamente por los nombres más o menos afines al Régimen y, en todo caso, residentes en el país. Autores como Juan Gil-Albert, Arturo Serrano Plaja, María Zambrano, Antonio Sánchez Barbudo o Ramón Gaya, vinculados a la

revista *Hora de España*, quedaban fuera del cuadro, lo mismo que José Herrera Petere, Juan Rejano, Ramón J. Sender o el más joven Adolfo Sánchez Vázquez, por no mencionar a quienes habían pasado por las cárceles franquistas como Pedro García Cabrera, Pascual Pla y Beltrán, o el gaditano Vicente Carrasco. En Puerto Rico, en 1949, uno de esos escritores, Segundo Serrano Poncela, explicaba en la Universidad la literatura española contemporánea a través de cinco generaciones: la quinta era la que llamaba «Generación de la guerra civil» o «generación bifronte» y, aunque reconocía que le faltaban nombres de poetas, mencionaba como integrantes de la misma a Laín Entralgo, Juan Eduardo Nicol, Julián Marías, José Ferrater Mora, Juan Rejano, Antonio Sánchez Barbudo, Carmen Laforet y Camilo José Cela, gentes de dentro y de fuera. La generación de la guerra había sido fracturada y separados sus miembros, por mucho que alguien como Gonzalo Torrente Ballester (él mismo inscrito en esa promoción), en su *Literatura española contemporánea*, negara aquel mismo año de 1949 que hubiera sufrido escisión alguna (para él la generación escindida había sido la del 27) y pasara en silencio a los escritores arrojados fuera de España.

Uno de los que había quedado dentro, Rafael Santos Torroella escribía el 12 de julio de 1950 a Guillermo de Torre en estos términos: «Alude usted a mi generación. ¡Pobre generación la nuestra! Porque pertenezco precisamente a la que nuestra guerra destrozó y amordazó, a la surgida entre dos fuegos, incipiente cuando comenzaba a manifestarse y tardía —con otra nueva generación de jóvenes lloriqueantes a lo divino, y protegida— cuando de nuevo pudo recuperar su voz, aunque velada». Y a continuación ofrece un escueto currículum que podría ser el de cualquiera de los derrotados: «Nací en el 14, con el sino bélico por delante; entré en la Universidad —cursé Derecho, como usted, y como usted desganadamente (no asistiendo apenas a las aulas de mi Facultad, para irme como oyente, y de colaborador en el Seminario de Arte, a las de Letras)— con la República. Salí de la Universidad para, en Barcelona, incorporarme al frente desde el primer momento. En él pasé toda la guerra, en funciones análogas a las que desempeñó Miguel Hernández. Año y medio de reclusión, y otros tres o cuatro años de apartamiento total en un pueblo de Salamanca, en la raya de Portugal [...]. Luego, Madrid; y, por último, Barcelona, buscando posibilidades y holgura en una pequeña empresa editorial en la que todo nos lo hacemos mi mujer y yo, a fuerza de entusiasmo más que de otra cosa. Por este sumarísimo —terrible palabra— currículum vitae podrá juzgar usted». Ese era el guión cotidiano de muchos vencidos, buscar posibilidades en la estrechez, multiplicarse en varios empleos mal retribuidos (como Ildefonso-Manuel Gil

o Enrique Azcoaga), negociar a la baja con las múltiples cortapisas. Todavía en 1954, otro representante de la generación de la guerra, el dramaturgo Antonio Buero Vallejo, reconocerá estarse aclimatando «a las dura circunstancia que nos envuelve. ¡Qué remedio! –le confía a Guillermo de Torre el 29 de enero–. Hay que llevar adelante el hecho literario aprendiendo a respirar sin dificultad en una atmósfera de oxígeno insuficiente. Mejor aún: a respirar como los árboles, en función de apariencia vegetativa que devuelve, sin embargo, oxígeno a cambio de lo que respira». Y aún puede ironizar: «Rece a los dioses por que nuestra función clorofílica resulte perfecta».

Pero, claro, es una labor ímproba la oxigenación de la atmósfera intelectual cuando la existencia misma de los escritores se mantiene en estado de desnutrición. Quizá pensaba en algo parecido Dionisio Ridruejo cuando en un artículo fundamental publicado en *Revista* en marzo de 1953, «Conciencia integradora de una generación», señalaba que esa generación que no había rechazado a sus mayores seguramente no se vería realizada «más que en los hijos», una vez lograda la tarea de reintegración de sus miembros dispersos que le era urgente: «Es la generación que debe pagar la cuenta [...] y que no conocerá probablemente la tranquilidad ni podrá dar a su creación [...] aquella plenitud de individualidad integral que otras consiguieron». Y no es anecdótico que en aquel artículo, al referirse Ridruejo a la voluntad integradora, anotara que la «palabra “puente” suena no pocas veces en la prosa de todos». Era tan verdad que en pocos años la palabra iba a servir de divisa para dos proyectos destinados a reunir las voces que habían sido separadas por la guerra, una revista malograda y la colección «El Puente» en la editorial Edhasa, ambos bajo el impulso de Guillermo de Torre.

Quince años después, cuando esa colección había empezado su andadura, José Luis Aranguren, en el famoso simposio celebrado en la Universidad de Syracuse sobre la generación del 36 –y en el que participó Ildelfonso-Manuel Gil–, volvería a recordar cómo esa generación había quedado traumatizada por la guerra y cómo sus hombres (muchos de ellos) fueron arrojados violentamente a la cárcel o al exilio, expulsados de su trabajo y, en los casos más trágicos, de la vida misma. Pero también observaba cómo habían sido zarandeados ideológicamente con unas sacudidas que les habían producido inestabilidad, cambios de rumbo y, en conjunto, una persistente mala conciencia, como en el caso ejemplar de Dionisio Ridruejo o en el suyo propio, ya que fue él uno de los primeros en tender la mano para iniciar un diálogo con los intelectuales del exilio. Nada más natural, por tanto, que ese deseo de restañar la comunicación rota con la mitad desterrada, un deseo que fue tomando forma en los primeros años cincuenta con no pocas incomprensiones y reticencias por ambas partes.

Antes de referirme a la concreción de ese deseo, vale la pena recordar qué medios, en aquellos años, lo prefiguraron o, si no tanto, al menos fueron hospitalarios con los escritores de la derrota, en particular con los desterrados, dónde encontraron éstos la atención y el refugio que posibilitaran el inicio del diálogo. El primero de ellos en el tiempo y en importancia fue la revista *Ínsula*, fundada en 1946, con la decisiva colaboración de José Luis Cano, por Enrique Canito, antiguo alumno y colaborador de Pedro Salinas en la Universidad de Verano de Santander y catedrático de instituto represaliado. *Ínsula* fue desde el principio un órgano de reintegración y Cano supo convertirla poco a poco en un espacio donde los escritores exiliados pudieran aparecer de manera natural, con la legitimidad que les daba su pertenencia a la literatura española más valiosa y viva. Aunque la revista estaba exenta de acentos políticos, era obvia su filiación liberal (sobre todo desde 1948) y la apuesta por enlazar con la concepción abierta e internacionalista de la cultura republicana anterior a la guerra. Se presentaba como revista literaria y José-Carlos Mainer ha definido con exactitud la idea de literatura en que Cano sustentó el proyecto: «la más alta expresión de la vida humana y como el lugar casi físico donde podían encontrarse los cómplices de aquella fe», de modo que «Escribir, leer, leerse los unos a los otros eran los sacramentos, rigurosamente laicos por supuesto, de aquel ejercicio de autodescubrimiento, reconocimiento y fraternidad». Veremos cómo esa fraternidad (o su posibilidad) entre los intelectuales del interior y los de la emigración iba a ser objeto muy pronto de una agitada polémica a la que sirvieron de escenario varias publicaciones, entre ellas *Ínsula*, donde colaboraban muchos de los contendientes: Julián Marías, José Luis L. Aranguren o, desde fuera, Guillermo de Torre. Ildefonso-Manuel Gil estuvo presente en sus páginas casi desde los primeros números, primero a través de una reseña que su amigo Ricardo Gullón dedicó a su *Homenaje a Goya*, en agosto de 1946, y luego, a lo largo de los años cincuenta, con poemas y artículos propios, amén de las notas críticas sobre su obra.

La presencia de los exiliados en *Ínsula* tuvo que esperar bastantes meses y solo desde febrero de 1948, con un número consagrado a Jorge Guillén que contenía un artículo de Pedro Salinas, empezó a ser habitual. En el número siguiente Miguel Alonso Calvo, bajo el seudónimo de Ramón de Garciasol, podía reclamar el premio Nobel para Juan Ramón Jiménez, y un mes después Eugenio de Nora publicaba un estudio sobre la poesía de Germán Bleiberg, mientras José Luis Cano dedicaba una nota a otro poeta derrotado, Leopoldo de Luis, que omitía su primer apellido de forma cautelar. Llegado el verano, Enrique Canito le escribe a Guillermo de Torre para presentarle la revista y



brindarle sus páginas: «Supongo que conoce usted la pequeña revista *Ínsula* que en medio de todas las dificultades que tienen ahora las cosas de edición, edito con mis propias fuerzas y con la mayor independencia, por consiguiente, con la finalidad de servir de núcleo de unión de información a cuantos se interesan por libros, fuera de España». Y ya en septiembre Torre puede publicar un artículo donde da cuenta de la producción de los exiliados españoles. En noviembre fue Luis Cernuda quien firmó una carta abierta a Dámaso Alonso en la que replicaba a la versión que éste acababa de dar de la generación del 27. El año se cerraba con la confirmación de que *Ínsula* era un insólito territorio de esforzada amplitud de miras: allí había otro artículo de Cernuda.

No obstante, el ansia de comunicación con los emigrados por parte de los escritores del interior no estaba ni mucho menos saciada con esos tímidos primeros pasos. En septiembre de 1948, Enrique Azcoaga, otro hombre del 36, concibió la idea de una revista de artes y letras titulada *Miércoles*, «si se me autoriza, cosa muy difícil», le explica de nuevo a Guillermo de Torre. «Quisiera no venderla, hacer 500 ejemplares y favorecer de esta manera la comunicación de gente que nunca debimos estar tan monstruosamente separados». *Miércoles*, por supuesto, no llegó a nacer.

Otra revista importante en la búsqueda del diálogo fue *Índice de artes y letras*, que inició su etapa de madurez en septiembre de 1951 bajo la dirección de Juan Fernández Figuerola, después de que éste comprara el suplemento de *El Bibliófilo* a Tomás Seral y Casas. Lo que compró Fernández Figuerola por 50.000 pesetas fue el derecho a editar una revista con ese título, como él mismo contaría en 1965 (número 200), a la que trasladó su propia personalidad de falangista liberal y periodista anárquico. En *Índice* cabían todos y de todo (economía, música, política, ciencia, pensamiento, arte...), sin mucha jerarquía, mezclando lo relevante con lo trivial, las manifestaciones de acuerdo con el régimen franquista con brotes de heterodoxia o insumisión, en especial respecto a los escritores exiliados. La inclusión de un poema de Rafael Alberti y otro de Jorge Guillén en el segundo número dirigido por Fernández Figuerola, en 1951, fue un anuncio de la apertura que la revista estaba dispuesta a llevar a cabo hacia los vencidos. Poco a poco, los nombres de Pedro Salinas, Juan Ramón Jiménez, Max Aub, Luis Cernuda, León Felipe, Gómez de la Serna y otros fueron asomando a las páginas de *Índice*, aunque la primera colaboración con el marchamo inequívoco del exilio hubo de esperar hasta 1957 y fue un artículo de María Zambrano. Aquellos nombres aparecieron en la vecindad de colaboradores como José Ángel Valente (se encargó desde 1955 de la sección de poesía) o de cineastas próximos al Partido Comunista como Ricardo Muñoz Suay o



Juan Antonio Bardem. A Bardem precisamente, en septiembre del 52, le prohibió la censura el artículo «Hay que destruir un laberinto», donde denunciaba las trabas que la censura estaba poniendo al desarrollo del cine español. En la segunda mitad de los cincuenta, Fernández Figueroa intentó por medio de Rafael Méndez, exiliado en México y que había sido Subsecretario de Gobernación en el Gobierno de la República, un acercamiento entre ciertas jerarquías del régimen franquista y miembros de la ejecutiva del Partido Socialista en el exilio como Rodolfo Llopis. Aunque el intento fracasó dice mucho de la personalidad imprevisible del director de *Índice*, capaz, por otro lado, de manifestar su discrepancia respecto a quienes denunciaban la falta de libertad intelectual en España, afirmando, como hace en una carta de 1954 a Guillermo de Torre: «Yo soy un hombre de después que, además –creo que por fortuna– no se ha movido de España en este tiempo. El problema general de la libertad intelectual creo que tiene aquí aspectos e incluso cuestiones de fondo que ustedes, desde ahí, no pueden ni prever».

Tanto *Ínsula* como *Índice* sufrieron las embestidas de la censura en forma de secuestros y suspensiones gubernativas. El número que *Índice* dedicó a Baroja en enero de 1954 fue secuestrado, pero el número que ambas publicaciones dedicaron a Ortega tras el fallecimiento del filósofo no solo fue secuestrado sino que les costó la suspensión. *Ínsula* no pudo salir en todo el año 1956, mientras que *Índice*, gracias a los contactos que Fernández Figueroa tenía en el aparato del Estado, pudo volver a publicarse a los tres meses. Guillermo de Torre se refiere a estas conexiones en una carta a Max Aub en mayo de 1953: «Vi efectivamente el comentario del director de *Índice* a su novela [se refiere a *Campo abierto*]. La revista es independiente, ni oficial ni oficiosa (como tampoco lo es *Ínsula*), pero su director Figueroa, en virtud de sus antecedentes, por un lado tiene más poderes que los de *Ínsula* para “atreverse” y por otro más compromisos. Mientras exista la censura ciertas cosas serán imposibles».

Y esa, la cuestión de la censura, fue una de las que se ventilaron en la polémica desatada en 1951 por un artículo del hispanista Robert G. Mead en la revista *Books Abroad* (la misma en la que Homero Serís había escrito sobre la generación del 36) donde exponía la depauperación cultural de la España franquista debida a dos causas principales: la salida al exilio de sus mejores cabezas y la censura y represión impuestas por la dictadura. Respondió Julián Marías repetidamente (en la misma *Books Abroad* y en la revista chilena *Mar del Sur* en 1952 y en *Ínsula* en 1953), y en 1953 también José Luis Aranguren en *Cuadernos Hispanoamericanos*, que invitó a «otros compatriotas, aquí o allá, a proseguir el diálogo», invitación que aceptó enseguida Guillermo de Torre desde la revista

*La Torre* de Puerto Rico no sin disipar las brumas en torno al asunto del que se estaba discutiendo (la falta de libertad) pero gozoso de que se hubiera abierto un camino cuya primera estación, en sus palabras, «se llama concordia y cuya última meta es libertad». Le sobraban a Torre buena fe y optimismo. El debate es, en lo esencial, bien conocido y no es ahora el momento de volver sobre él, pero originó un intercambio de cartas entre los intervinientes que se conoce menos y con el que se tejió una red que fortaleció, en general, el entendimiento de cara a futuras iniciativas compartidas. La primera de ellas hubiese sido la revista *El Puente*, que en 1959 parecía a punto de ver la luz bajo la cuádruple dirección de Carles Riba (Barcelona), Guillermo de Torre (Buenos Aires), José Luis Aranguren (Madrid) y Juan Marichal (Cambridge, Massachusetts) y cuyo escrito de presentación decía: «Hemos concebido *El Puente* como una revista de acción cultural no especializada y muy atenta a la actualidad. Instrumento, ante todo, de nuestra propia vida intelectual. *El Puente* quiere ofrecer a los intelectuales y escritores españoles y americanos un sistema de comunicaciones abiertas, en condiciones parejas de libertad: Ningún poder, ningún interés, ninguna ideología particular mediatizará esa libertad que *El Puente* ofrece a sus colaboradores y se exige a sí misma. Solo en tales condiciones nos parece posible que la comunicación sea auténtica y provechosa». Pero tales condiciones no se daban.

Retrocedamos para echar un vistazo a algunas de esas cartas cruzadas alrededor de 1953 y 1954 a las que me refiero y en las que se combinan acuerdos y desalientos. Segundo Serrano Poncela, que está en la Universidad de Puerto Rico, escribe a Torre en 1953 para decirle que piensa entrar en la polémica y que ha hablado extensamente sobre ella con Américo Castro y Ferrater Mora, sin embargo cree que el diálogo tiene que verificarse de forma simétrica para ser auténtico: «Ellos tienen que conseguir una plataforma que publique nuestros puntos de vista, evitando naturalmente el compromiso de partido político. Si no, dialogaremos con ectoplasmas». El propio Serrano Poncela, un año después, el 8 de julio de 1954, se ha desengañado: «No voy a entrar en esa polémica con la gente de allá. Es inútil el esfuerzo. Equivale a discutir con ectoplasmas. Buenos muchachos algunos; otros sinceros y angustiados, pero cobardes. (Cobardía también disculpable; quién sabe cómo obraríamos los Catones puestos en aquellas circunstancias.) Pero lo cierto es que su palabra es vicaria, no sirve para nada ni representa nada; están al margen de las gentes y de las posibilidades de modificar aquella realidad franquista, en proceso de fortalecimiento con dólares USA. ¿Para qué hacerse ilusiones?». Su postura no distaba mucho de la de María Zambrano, que por las mismas fechas expresa su insalvable distancia

respecto de la España de los vencedores: «yo por mi parte no comprendo cómo se puede esperar esa libertad intelectual de “ellos”. Ud. mismo dice y muy justamente, que no es separable la libertad intelectual de la política. Pues ese es el asunto. Pero yo veo la raíz más honda aún, ¿cómo pedir al que ha hecho todo lo posible para matar a alguien –recurriendo a todo– que le deje posibilidad de expresarse? Y más cuando ese alguien es por sí mismo expresión, pensamiento... Y eso es lo que más han odiado siempre; eso y no el comunismo ¡que no lo teníamos! Yo veo así la cuestión».

Uno y otra estaban cargados de razón, y aun así Torre y unos cuantos se ilusionaron con mantener el sueño de restaurar un liberalismo intelectual con el que ya no comulgarían los jóvenes universitarios, mucho más radicalizados políticamente, que saldrían a la calle en 1956. Se lo decía Luis Felipe Vivanco a Torre a finales de 1954: «Recibí su ensayo sobre “la libertad intelectual”, que ya conocía a través de Aranguren. Son posiciones que no sé si comparten los más jóvenes. Nuestra guerra civil representa un gran paréntesis, como una grieta en la formación de la juventud. Aunque estén en contra de lo establecido, no creo que sea desde un punto de vista liberal como nosotros». La grieta empezaba a abrirse de nuevo, ahora detrás de la generación de la guerra, dejándola aislada y sin resolver su profunda escisión interna.

Pasada ya la polémica, iba a surgir en España una revista que parecía querer cumplir el papel de plataforma de expresión de los exiliados que Serrano Poncela exigía como prueba de leal cooperación interior en el diálogo pretendido. Se trató de *Papeles de Son Armadans* y fue lanzada por Camilo José Cela en abril de 1956, el mismo mes que reaparecía *Índice* y cuando a *Ínsula* le quedaban muchos meses de suspensión. Cela se añadió a la empresa de auspiciar el diálogo con el firme propósito de tender un puente hacia los exiliados y contribuir a su regreso a través de la letra impresa, como testimonia la correspondencia que mantuvo con ellos desde el principio. A Rafael Alberti, por ejemplo, le escribe en febrero de 1956 para exponerle «cuáles son mis propósitos y cuáles los fines que persigo», pero lo que le advierte es que *Papeles* tiene un «riguroso carácter de independencia» para no confundirlos con «una de las muchas revistas existentes en nuestro país y nutridas con subvenciones no tan misteriosas». Le costó dos años de insistencia, pero por fin en agosto de 1958 Alberti le enviaba un par de poemas para el número de homenaje a Vicente Aleixandre y Dámaso Alonso (al cumplir los sesenta años). También le costó trabajo convencer a Américo Castro, a quien intentó incorporar desde mayo de 1956 con la más meliflua de las invitaciones («sepa que en ninguna otra revista del mundo serían sus cuartillas más mimadas y respetadas») y del que obtuvo una respuesta

negativa: «Desde hace 20 años no he escrito nada para ser publicado ahí; me gustaría poder cambiar esa línea antes de terminar mi vida, pero no veo signos de tolerancia ni de comprensión». Las cartas obsequiosas de Cela y sus ofrecimientos como anfitrión para visitar Mallorca acabaron rompiendo las defensas de Castro y solo un año y pico después el viejo maestro entregaba su primera colaboración, «Santiago y los Dióscuros», a la que seguirían otras hasta 1968. Cela le había contado a Max Aub que su propósito era organizar «la unión de los españoles por la vía de la inteligencia y no por la del movedizo sentimiento o la creencia mágica» «Ayudadme, el viejo y tú», añadía. El viejo era León Felipe y Max Aub le consiguió la colaboración. Cela volverá a recurrir a la idea de unir a los españoles por la vía de la inteligencia cuando, en 1961, se ponga en contacto con Francisco Ayala, estando éste ya en Nueva York: «Su nombre –dice Cela– era de los pocos que faltaban incorporar a mi patriótica pretensión de dar a conocer los españoles a los españoles». Ayala le envía de inmediato el cuento «Baile de máscaras» que la censura se encargará de afeitar.

Para entonces Ildefonso-Manuel Gil ya ha publicado también en los *Papeles* de Cela unos «Apuntes sobre el teatro de García Lorca» y aún no sabe que Francisco Ayala, que es desde 1958 Visiting Professor en la Universidad de Rutgers, en Nueva Jersey, va a ser contratado en 1962 por la Universidad de Nueva York, lo que va a propiciar que Ayala le ofrezca sustituirlo en Rutgers ese mismo curso 1962-1963. Ildefonso-Manuel por fin salía del país justo cuando la tenaza oficial empezaba a aflojarse y adquirirían unos tintes menos sombríos las condiciones de la producción editorial. Síntomas de ello eran sellos como Taurus, creada en 1954, o la renovada Seix-Barral, pero también, en 1963, la resurrección de *Revista de Occidente*, el lanzamiento de *Cuadernos para el Diálogo* e incluso la publicación de un libro entonces iluminador y polémico: *Narrativa española fuera de España (1939-1961)* que José-Ramón Marra López publicó en otra editorial reciente, Guadarrama. Aunque la editorial que aquel año 1963 representó mejor el esfuerzo por restablecer el flujo de ideas entre el exilio y los intelectuales del interior fue Edhasa –empresa fundada como distribuidora en 1946 por Antonio López Llausàs– con sede en Barcelona y Buenos Aires, y de manera específica, la colección «El Puente», que por fin, bajo la dirección de Guillermo de Torre, pudo despegar.

La historia de esta colección, su dificultosa génesis y los forcejeos de dos años con la censura, la ha contado muy bien José-Carlos Mainer, que ha proporcionado tres documentos valiosísimos: los sucesivos prospectos que Guillermo de Torre redactó desde 1961 para presentarlos al coriáceo Servicio de Orientación Bibliográfica, que rechazó los dos primeros para aprobar el tercero, ya

muy expurgado. Aquella colección arrancó en un tiempo distinto, algo menos funesto, con nuevas editoriales y nuevas revistas y sobre todo gentes nuevas, un tiempo en el que se esperaba que los libros sometidos a la censura recibieran si no el «visto bueno» por lo menos, al decir de Ferrater Mora, el «visto no muy malo». Pero en 1963, cuando vio la luz el primer título –por otro lado cautamente contemporizador–, *En torno al poema de Mío Cid*, de Menéndez Pidal, el futuro de Ildfonso-Manuel Gil marcaba la hora americana y él iniciaba tardíamente una etapa distinta en la que, en sus palabras, «al fin se pudo cumplir mi vocación de vivir de la literatura: de la ajena y de la mía».